

ATENE O BARCELONÉS

LA ECONOMÍA DESINTEGRADA
POR EL ESPÍRITU REVOLUCIONARIO
DE NUESTROS TIEMPOS

Discurso pronunciado por el Presidente
Excmo. Sr. D. PEDRO GUAL VILLALBÍ
en el acto de inauguración del Curso 1957-1958
del Ateneo Barcelonés



Curso de 1957-1958

Ateneo Barcelonés
BIBLIOTECA

N.º 73984

Arm. 215

Est. V

33:323.2 (042) Gna

(8)

MINISTERIO
DE CULTURA



**LA ECONOMÍA DESINTEGRADA
POR EL ESPÍRITU REVOLUCIONARIO
DE NUESTROS TIEMPOS**



MINISTERIO
DE CULTURA

MINISTERIO
DE CULTURA



R. 73984

En nombre de la Junta directiva del Ateneo y en el mío propio saludo cordialmente a las autoridades, a los socios y amigos del Ateneo Barcelonés, que forman este distinguido público, y a todos agradezco su presencia en este acto. De una manera singular quiero también dirigir un efusivo saludo y además una muestra de nuestro agradecimiento, al Director General de Información, que por primera vez acude a esta solemnidad, y aprovecho la ocasión para decir en público, al señor Rodríguez Jurado, que por su propia personalidad o por la delegación del Ministerio de Información y Turismo, que ostenta, sabe que aquí siempre es recibido con simpatía y cariño.

Como en años anteriores, estoy aquí para pronunciar el discurso inaugural del año académico del Ateneo Barcelonés; cumplo así el precepto reglamentario. Sólo que este año vengo con ciertas reservas mentales, porque temo incurrir en el vicio de la repetición y caer en el defecto de la monotonía. El reglamento no pudo prever que durase un mandato presidencial tanto como el mío, que fuese tan dilatado, porque con éste van a ser seis los discursos que me habrá correspondido pronunciar en esta tribuna en cumplimiento de mis funciones presidenciales. Yo no sé, por tanto, y éste es mi escrúpulo, si es que abuso del reglamento o si es el reglamento el que está abusando de mí; el caso es que como yo tenía este escrúpulo de ser siempre el mismo en discursar en este acto, cuando se trató en la Junta directiva de organizar el curso académico y tratar de esta solemnidad, insistí para que, por este año cuando menos — después ya se vería — se hiciese la designación de otra persona para que fuese la que ocupase esta tribuna y pronunciase el discurso reglamentario; sustitución que de fijo habría de redundar en beneficio del Ateneo y desde luego de vosotros, mis amables oyentes. Pero los amigos de la Junta directiva, como tales, como amigos, pusieron todas las presiones de la amistad para disuadirme, y que lo consiguieron lo demuestra el hecho de que ahora les estoy hablando a ustedes. En fin, quiero decir que los culpables de que tenga que acudir de nuevo a la benevolencia de ustedes para que me escuchen, son los señores de la Junta, y como están aquí presentes casi todos, a ellos les podrán pedir cuentas después, si yo les defraudo. Ésta es mi pequeña venganza: la de exponerles a la represalia del público, para el final del acto, si hay caso.

Propósito
capital del
discurso,
explicar lo
que produce
principalmente
el malestar
económico
del mundo

Yo no sé exactamente si fué en mi discurso del año anterior, por lo menos estoy seguro de que fué en alguno de los precedentes, que tuve ocasión de decir que estos discursos míos no constituyen temas aislados, independientes, fragmentarios e inconexos, sino que, por el contrario, cada tema es como una pieza del mecanismo de mi pensamiento en el concepto que me he formado sobre la situación actual del mundo. Cada uno de estos discursos es un intento de análisis, un ensayo, una exposición de unas cuantas ideas sobre las facetas que yo considero más importantes en la situación de desconcierto general, de desorientación, que existe en muchas de las manifestaciones de la actividad social, principalmente en la económica. Este malestar, que está presente en casi todos los países e invade a grandes masas de la población del orbe, es tan extenso y tan persistente, que justifica esas apelaciones constantes que se hacen para estructurar un mundo mejor. El propósito es bueno y la voluntad para realizarlo indudable, pero el caso es que pasa el tiempo y el mundo no parece acertar con el camino ni con los instrumentos necesarios para llegar a la solución deseada. Este es el clima actual. Hoy me propongo ahondar un poco en este tema del malestar mundial para fijarme en lo que quizá tiene de manifestaciones más ostensibles y que pueden ser las básicas para explicar lo que ocurre en todos los demás órdenes de la vida social; me refiero a lo económico.

El desorden, la confusión que reina en el mundo de la economía, mundo además de por sí agitado, porque en él se satisfacen las necesidades físicas más apremiantes y también da los medios materiales para que se satisfagan necesidades de orden espiritual, y porque aquí es donde se manifiesta más cruda la lucha de los intereses, hay un desbordamiento de apetencias, y en algunos casos también de concupiscencias, porque además faltan objetivos definidos, concretos, que pudiesen significar para nosotros la ilusión de una esperanza, por esto digo que quizás en lo económico es donde puede encontrarse la explicación y fundamento de la mayor parte de nuestros temores, de esas predicciones alarmistas que se hacen a cada momento, y que justifican, en cierto modo, la sensación de congoja y de angustia universal, que ya en ocasión anterior la hice objeto del tema de un discurso exponiendo las consideraciones generales. Ahora yo quiero afirmar mi creencia de *que no es el malestar de la economía el que produce en nosotros el desequilibrio espiritual y la sensación de angustia, sino todo lo contrario; esto es, trataré de explicar cómo porque hay un estado previo de inquietud espiritual, de desasosiego, de inconformismo, de rebeldía en el pensamiento económico y aún general, es por lo que se producen todos esos fenómenos de perturbación en la vida económica, como se observan también en otros aspectos de la vida social, aunque ahora, naturalmente, para ceñirme al tema y no*

hacerlo más dilatado, yo tengo que concretarme a explicar sólo el económico. Por esto se puede comenzar diciendo que no se encontrará cauce a las cosas ni se resolverán los problemas, si no hay antes un aquietamiento de los espíritus; porque hoy existe, en casi todo el mundo, un estado de inconformismo en cada uno de nosotros, lo que crea un clima propicio para el desorden y por lo tanto la confusión en la economía, hemos de admitir que es consecuencia de la pre-existencia de un cierto espíritu revolucionario en el pensamiento económico; de aquí que quizá será necesario que haga algunas consideraciones generales sobre el mismo.

El espíritu revolucionario es un complejo de formas distintas; a mí me interesa, para el caso, señalar dos: una es el concepto puro, prístino, auténtico, que puede definirse como aquella impaciencia noble por destruir lo malo y crear lo bueno, para acabar con lo caduco y lo decadente y abrir paso a lo nuevo y prometededor; es el espíritu que inspira las grandes revoluciones históricas que han conmovido las raíces más hondas, las raíces milenarias de las estructuras sociales, es lo que explica también las revoluciones que sirven para derrocar unos regímenes vergonzosos o claudicantes, que mantienen a los países en el atraso y la miseria. Pero hay otro aspecto del espíritu revolucionario, y es el que me interesa más señalar, que no está formado por ese concepto de grandiosidad en las ideas y de renovación sana, sino que está formado y nutrido por unas pequeñas cosas, se alimenta con las minúsculas contradicciones de la vida que se dramatizan, y cuando por esto se hace una revolución, más o menos extensa y más o menos intensa en sus manifestaciones, basada en esas pequeñas cosas, ocurre algo semejante a que si para curar una simple erosión de superficie ahondamos el virus en el fondo de nuestro cuerpo y provocamos un cáncer. Ese espíritu revolucionario, pequeño y mezquino, está en la masa de los descontentos de todo orden, de los resentidos que no han sabido conservar un cargo o posición, los ambiciosos a los que se les hace tarde por su impaciencia misma para llegar a ocupar el puesto o situación a que aspiran, los amargados que, por temperamento o mala educación, dramatizan cualquier cosa mínima de la vida, como porque tienen que hacer cola para tomar los tranvías, porque hay unos cortes en la electricidad, porque se registra una subida general y fatal de precios, etc., a cuenta de la cual se sienten desgraciados, se muestran indisciplinados y subversivos y promoverían hasta una revolución a cargo de esas incomodidades. Toda esa gama y suma de descontentos, amargados, envidiosos, resentidos, impotentes, componen la masa que forma el clima revolucionario, que es un espíritu en sí fragmentario, singular, individual, pero que forma en conjunto un estado de ánimo colectivo, que ustedes van a ver cómo explica muchas

El complejo
del espíritu
revolucionario

de las cosas que están ocurriendo en el mundo actual, pues siembran fermento de disociación en las comunidades humanas.

Un elemento propicio para favorecer este ambiente de desasosiego es la juventud. Cada generación es distinta siempre a la precedente y a la que la seguirá; la generación de los padres es diferente a la generación de los hijos, cambia en la mentalidad, cambia en los hábitos y en las costumbres, y entre una generación y otra se encuentra la juventud, situada en el punto crucial, crítico el de las crisis espirituales. Los jóvenes son como una anticipación; por esto se explica ese desasosiego de la juventud, esa inquietud que, favorecida por la exaltación propia de los años, la inclina generalmente a los extremismos.

El espíritu revolucionario invade el campo científico y se manifiesta en todos los órdenes de la vida imagen del monstruo de Frankenstein

Hoy hay en el mundo una inquietud, un desasosiego que forma ese peligroso espíritu revolucionario de carácter fragmentario, individualista, que no hace las revoluciones por sí, pero que constituye un elemento propicio para que se depositen en él los fermentos subversivos y las revoluciones estallen. Tan extenso y difuso está este sentimiento, que ha invadido el terreno de la ciencia y también ofrece síntomas, por fortuna aún no del todo alarmantes, en orden a lo más íntimo de nuestras creencias.

Síntoma de esta revolución, que está en las ciencias físico-químicas, es la presencia de la bomba atómica y sus derivadas. Cuando a primeros de agosto del año 1945 estalló sobre Hiroshima la primera bomba nuclear, se hicieron daños materiales inmensos, casi irreparables y hubo centenares de miles de víctimas inocentes; pero no estalló, en verdad, sólo sobre el cielo del Japón, la bomba estalló simultáneamente en la conciencia universal del mundo, porque desde entonces ha quedado en nosotros esa depresión espiritual, que es desasosiego, sobresalto por lo que puede ocurrir cuando siga haciendo sus progresos demoledores, pues con los productos de la física nuclear se nos dice que se puede destruir el mismo mundo. Oyendo la radio en la emisión de este mediodía, ha habido dos noticias coincidentes y significativas: la de que uno de los físicos que primero trató de la desintegración del átomo ha hecho unas declaraciones en Viena lamentando que ese principio pueda servir para mantener en inquietud, en temor constante a la humanidad; y poco después decían que el Secretario de la OTAN, Spaak, en París, se quejaba de que los progresos científicos que representan la química y la física atómicas puedan servir para tener en amenaza y sobresalto agudo y constante a los hombres de nuestro tiempo. Entonces he pensado que esta situación creada por la física del átomo daba una imagen exacta de aquella película famosa y escalofriante de Frankenstein; éste creó su espantoso androide, pero el monstruo, una vez con vida, se encara con él y le dice, "tú me has creado, pero yo soy tu amo". Esta es la impresión

que nos da ese progreso de la ciencia atómica; la humanidad es como un nuevo Prometeo que está encadenado a la roca de sus propios descubrimientos científicos. Se dice que la bomba atómica fué una herencia de Hitler, sin la vesanía de Hitler quizá no hubiese sido necesaria; después vino la bomba de hidrógeno, que puede considerarse como el legado de Stalin, pues sin la guerra fría promovida por éste tampoco hubiera habido por qué idearla y ensayarla; ahora podemos suponer que la bomba de cobalto en la que se está trabajando, debe ser la herencia de Kruschev, porque también sin la táctica perturbadora y amenazadora de ese dirigente ruso, el mundo quizá estaría en un mayor equilibrio y no tendríamos que pensar en nuevos artefactos destructores que tienen en tremenda inquietud de miedo a los hombres, que es la que provoca esas manifestaciones de desequilibrio y sobresalto en que vivimos. La situación me recuerda aquella exclamación, mitad irónica mitad dramática, de un cazador que gritaba a sus compañeros: "Venid, he cazado un oso; pero acudid pronto porque no me suelta". En efecto, nosotros hemos captado la física y la química de la desintegración del átomo, pero ¡caramba! el monstruo nos tiene sujetos y no nos suelta.

Esa es la inquietud y el desasosiego revolucionario en el mundo científico; pero después, en el mundo espiritual y de la propia religión, también hay cosas que nos apenan, porque vemos que las incita también el mismo espíritu revolucionario de desasosiego e inconformismo. No hace muchos días venía a mis manos un libro que tiene un título de contraste sorprendente: "Cristianismo y revolución"; es la obra de un autor joven bien documentado, que se reduce a un examen histórico sobre los momentos en que comparecieron el liberalismo y el peligro de demagogia en el seno de la Iglesia católica, con la doble tendencia, una de violencia, otra tolerante, que, por mantener la "paz religiosa" dejaba hacer. En este libro he recordado una frase de Monsieur de Dupanloup escrita en 1831 y que sin embargo puede tener aplicación en nuestros días. Se refería al clero joven y decía, "estoy atemorizado, porque veo su tendencia hacia esas manifestaciones de cismas, de orgullo y de libertad desenfrenada". Lo he recordado cuando he visto el caso de los sacerdotes obreros en Francia y cuando leo algunos textos de publicaciones en abierta contradicción con las doctrinas elevadas de las Encíclicas de los Pontífices. El natural celo de algunos religiosos y publicistas católicos ante la situación del mundo lleva a los más exaltados a manifestar ideas que, sin proponérselo, contrariando su propia elevada intención, favorecen, en vez de calmarlo, aquel estado de desasosiego que he de calificar de espíritu inconformista y revolucionario.

Nuestra
conciencia y
las fatalidades
históricas
como causa
de las
revoluciones

Lo que conturba la vida del hombre es su conciencia. Por ella tenemos noción de nuestra individualidad, de la personalidad de cada uno. Ella es la que impulsa nuestras determinaciones para el acierto o el error, la que nos hace sentir el amor o el odio, la ilusión o el desengaño, el placer o el sufrimiento espirituales, la humildad o el orgullo. Sin la conciencia, los hombres estaríamos inscritos instintivamente en un orden natural, como los animales; pero con la conciencia juzgamos, valoramos las cosas y las acciones, las aceptamos o las rechazamos, nos sometemos a otros designios — naturales o humanos — o nos rebelamos. De aquí que haya que pensar que cuando ocurren esos movimientos violentos que son las revoluciones mismas o se dan estados latentes de desasosiego que constituyen la presencia del espíritu revolucionario de que vengo hablando, es porque se produce una coincidencia entre ciertas fatalidades históricas y una predisposición de la conciencia colectiva.

Así la curiosidad especulativa nos lleva a preguntarnos ¿cuáles pueden ser las fatalidades históricas que expliquen el estado de cosas presente en el orden que comentamos? Los sociólogos que han estudiado el fenómeno social de las revoluciones, definiéndolas según su extensión e intensidad, por su carácter y objetivos, señalan en aquel punto que después de las guerras externas es casi seguro que ocurra una revolución, de mayor o menor alcance, en los pueblos vencidos o derrotados. Asimismo observan que las perturbaciones de esta naturaleza se producen cuando las civilizaciones llegan a su máxima madurez y no pueden dar más de sí. Según esta hipótesis las civilizaciones son como fruto maduro que se deja en el árbol y se pudre y las revoluciones equivalen a la sacudida brusca para que caigan y no entorpezcan y retrasen la salida del fruto nuevo de la nueva cultura. Se pueden aducir como justificantes de este supuesto, las revoluciones que ocurrieron en los siglos v y iv antes de Jc. en Grecia, y durante los siglos i antes de Jc. y i después de Jc. en Roma, porque realmente coincidieron con períodos de gran desarrollo cultural de aquellos pueblos. Otros opinan que, por el contrario, las revoluciones suceden cuando los coeficientes de prosperidad y bienestar de un pueblo están en franca decadencia, y entonces las masas no se resignan y el mal-estar que se produce provoca la revolución. También hay quien dice que las revoluciones son según el temperamento de los pueblos, hay pueblos predispuestos al desorden y otros son pueblos ordenados por esencia y naturaleza. Finalmente, aún hay quien opina que las revoluciones son hechos puramente esporádicos, frutos del tiempo y de las circunstancias.

Con cualquiera de estos supuestos o teorías nosotros podríamos explicarnos hoy el ambiente revolucionario de que les vengo hablando a ustedes. El primer motivo se ha dicho que son las

guerras, y en efecto, después de las dos grandes guerras de nuestro siglo, las revoluciones se han multiplicado en todos los continentes. Hubo revoluciones en todos los países balcánicos, la gran revolución rusa, revolución en Checoslovaquia, Austria, Hungría, Alemania, Italia, en España, etc.; el continente europeo estuvo en ebullición revolucionaria. Pero también hubo revoluciones en África y en Asia, en donde aún están latentes muchos de esos focos revolucionarios; de Centro y Sudamérica no hablemos, porque allí las revoluciones son ya casi crónicas. Posiblemente, las guerras explican la existencia o presencia de un espíritu revolucionario, porque en realidad dejan, sobre todo en la juventud, una desgana, un desaliento, han quebrado el curso de sus estudios, han interrumpido el curso de su vida en el momento delicado de la transición, cuando el joven se va a hacer hombre, y además le ha hecho perder el miedo a la muerte porque ha arriesgado la vida a cada momento. Hay un estado de desánimo y de desolación, de ruina y de dolor, después de las guerras, que explica que puedan florecer los fermentos revolucionarios. Después, cuando llega la paz y todo se sosiega, las cosas deben volver a su cauce, y sin embargo ahora no ha ocurrido, porque realmente ni en el período entre las dos guerras hubo propiamente una paz, sino que se estuvo presagiando y elaborando la nueva guerra, ni ahora con el clima de la guerra fría podemos decir que vivimos en paz, pues a cada momento pensamos que pueda calentarse, y así sigue este desasosiego general y la desazón en la juventud que ha de pensar que en cualquier momento puede ser movilizada.

Pero yo vuelvo a mi tesis anterior; no creo que ese estado de espíritu de indisciplina, de inconformismo, de desazón universal, sea consecuencia de las guerras, sino que pienso que las guerras mismas han sido provocadas porque antes existía ya un estado de indisciplina latente, de inconformismo y de malestar y las guerras fueron estallidos, una explosión del estado de malestar. De otro modo no nos explicaríamos que un atentado ocurrido en una aldea de Yugoslavia, en Sarajevo, provocase un conflicto mundial, y menos nos explicaríamos que la cuestión del pasillo de Dancig haya podido provocar la segunda gran guerra, que ha dejado peores pasillos y maltrecha a Europa. No, es que había unas causas, existía un ambiente favorable para que ocurriesen esas tremendas explosiones de las pasiones humanas.

Si comparamos el último cuarto del siglo XIX con lo que va transcurrido del actual, para el economista el examen comparativo nos induce a estas conclusiones: el último cuarto del siglo XIX se hizo bajo la égida del régimen capitalista, y fué un crecimiento gradual, ordenado, lento pero seguro. Con lo que se llama el sistema capitalista, la humanidad fué progresando, al punto que

Las grandes guerras han sido efecto de una situación anterior de malestar y desasosiego espiritual

casi todos los grandes inventos y avances de nuestros días tienen su germen y buena parte de su desarrollo en el siglo anterior. Todo esto se hizo sin grandes guerras externas, ni graves perturbaciones internas, con un equilibrado sentido de igualdad realista. En cambio, nuestro siglo, en evidente dominación socialista, es uno de los siglos más dramáticos y sangrientos de la historia; guerras formidables, universales, revoluciones constantes y esa desazón espiritual, ese frenesí de inconformismo, que es la peor de las revoluciones porque prepara el clima y favorece la explosión para todo lo demás. Esto es un examen comparativo superficial; sin embargo, ahondando un poco, hemos de llegar a afirmar que todo lo que está ocurriendo en nuestros días es porque se estaba ya preparando en el siglo anterior. Las revoluciones germinan primero en el pensamiento, después se traducen en hechos, y es sobre todo en el pensamiento del siglo XIX, singularmente en las últimas décadas del mismo, cuando van sembrándose y germinando las ideas a las que luego me referiré, y que constituyen, realmente, el explosivo que después había de estallar en una forma u otra con el transcurso del tiempo, y ello ha ocurrido en el siglo actual.

Hay, entre las revoluciones más significativas del mundo, tres: la primera no es propiamente una revolución, sino una sucesión de revoluciones que a través de los siglos trajeron como consecuencia la abolición de la esclavitud; una revolución por tanto trascendental en la estructura social y en las relaciones humanas. La segunda es la revolución francesa, que marca un hito y señala una divisoria en la historia de los pueblos; allí desaparecieron los privilegios de la clase feudal y quedaron muy mermados y resentidos los derechos de la realeza. Como consecuencia apareció un elemento nuevo, una clase nueva que había de ser prepotente, la burguesía.

Trascendencia
de la
revolución
industrial en
la formación
de un estado de
inquietud
general

La tercera revolución, de tanta más trascendencia que las dos anteriores, pero que quizá por ser aparentemente incruenta pasa casi inadvertida para muchos, es la revolución industrial inglesa, que significó que, al abrir el proceso de la evolución económica hacia el industrialismo e inaugurar la época del maquinismo, con los grandes inventos que se sucedieron, se concentraron en las ciudades grandes masas humanas, y apareció una nueva fuerza social, el proletariado. De la misma manera que la revolución francesa había creado una fuerza poderosa, que aún hoy se sostiene y se defiende, que es la burguesía enriquecida, la revolución industrial creó el proletariado, grandes masas de hombres inconformes, que tienen sus aspiraciones y para reivindicarlas aman la revuelta; para ello se lanzan a la calle, promueven huelgas, pacíficas y violentas y hasta sangrientas. En la aparición de ese esta-

mento y su actividad está el germen del principal desasosiego actual.

¿Qué ocurrió con la revolución industrial? La revolución industrial planteó crudamente el problema que antes existía en una forma larvada, casi inadvertida, el de la repartición social de la riqueza. Al concentrarse grandes masas humanas proletarias en las grandes ciudades se hizo más visible el contraste entre la riqueza y la miseria; habiéndose proclamado el principio de la igualdad, no se concebía cómo por qué con una igualdad jurídica no podía haber una igualdad económica; aceptado universalmente el principio de la libertad hubo rienda suelta para que los pensadores de toda clase expusiesen sus ideas en discursos, en conferencias y en libros. Y esos pensadores, economistas, sociólogos, filósofos, tomaron ese tema candente, el tema crudo y apasionante de la repartición del haber social, para señalar con relieves dramáticos y de excitación el contraste entre riqueza y miseria. ¿Qué hicieron como obra positiva aquellos pensadores? En realidad una literatura puramente declamatoria, frases altisonantes, descripciones peripatéticas de la miseria y conminaciones fulminantes a los poseedores de las riquezas; pero cuando se les pedía la solución de este problema de la riqueza desigualmente repartida, no sabían darla, pues la silenciaban o exponían unas cuantas vulgaridades y unos cuantos tópicos.

Sucedía entonces y continúa ocurriendo así, porque el problema de la distribución jamás podrá resolverse con una fórmula universal y que dé la satisfacción plena a todos. No es cuestión de un reparto idealmente equitativo de bienes materiales, que aún así sería siempre imposible de realizar en forma adecuada y perfecta dada la inmensa variedad de artículos que sirven a nuestras necesidades de diverso orden y que son diversamente estimadas. El gran problema es prácticamente insoluble porque en su esencia es una cuestión subjetiva de apetencia y de goce o disfrute, según el partido que cada cual sabe sacar de lo que tiene. La fórmula podría parecer así que sería la de dar por igual una cantidad de poder adquisitivo, una suma igual de dinero; pero éste resulta ser, a la larga, el procedimiento más seguro para volver a la diferenciación económica y a las categorías de clase. Allí donde se ensayó el sistema, como en la URSS, se comprobó en seguida esto, pues era el resultado natural del diferente uso que se hacía del dinero; los que ahorraban volvían a capitalizar para la previsión y cuando venía el futuro habían de ser envidiados en su posición de disfrute por los que no supieron ahorrar y carecían de lo deseado. También la misma cantidad de dinero da satisfacciones diferentes según como se sepa emplear en los consumos y es causa de diferencias.

El problema de la repartición es, pues, complejo y sutil y admi-

te muchas y hasta fáciles soluciones teóricas, pero ninguna definitiva y totalmente satisfactoria en la práctica. De esta manera el problema capital, fundamental, vivo, siempre amargo y a menudo dramático de la repartición de la riqueza, quedó sobre el tapete como tema propicio para que toda clase de pensadores, y sobre todo los agitadores políticos, pudiesen tomarlo, manosearlo y revolverlo constantemente agitando las conciencias de los hombres y de los pueblos. Desde luego, porque existía este estado de conciencia agitada y de malestar incorregible, yo digo que contribuyó en mucho a que estallasen las guerras de 1914 y de 1939, porque esa cuestión social, ya de por sí grave, salía frecuentemente a la calle con huelgas, sabotajes, disturbios, etc., que afectaban seriamente la producción y el consumo y con ello comprometían la estabilidad social.

Hay que reconocer que los pensadores, cuando tocan ese tema, lo hacen con buena intención, con un sentido humanitario, incluso un buen deseo de justicia; pero el problema se deforma en seguida, o bien por un exceso de sentimentalismo que conduce a la exposición de ideas abstractas, de tópicos y utopías; o porque se apodera del tema la política y lo envenena, ya que entonces cae en el campo de los intereses y de las apetencias de los partidos que se disputan los votos numerosos de la masa obrera. En ningún caso el problema queda resuelto, primero porque las utopías nunca pueden alcanzarse y los tópicos carecen de valor; en el segundo caso, porque ya puesto en el terreno de la política está dominado por la ofuscación partidista y el desbordamiento de las pasiones.

El problema apasionante e insoluble de la repartición de la riqueza

Así nos encontramos en que realmente hay un estado de conciencia revolucionaria que gira alrededor de ese tema fundamental, *la riqueza está mal repartida*. Los gobiernos, comprendiendo este problema, se afanan para resolverlo, dan disposiciones encaminadas a restar de unos para facilitarlos a los otros, pero como lo que quitan directamente a los primeros con los impuestos y otros medios, no lo entregan directamente, en efectivo, a los otros, sino que éstos lo perciben a través de los beneficios positivos, pero indirectos, de la asistencia social, resulta que los primeros quedan resentidos porque aprecian cuantitativamente lo que se les quita, y los segundos no se muestran por lo común satisfechos, porque no se les da el disfrute directo de lo que quisieran tener, la posesión de los bienes mismos de la riqueza y no saben o no quieren apreciar lo que realmente se les da. De esta manera el pleito parece que no va a terminar nunca; los que poseen están desasosegados por el miedo de perder y porque pierden; los que reciben el beneficio porque no lo aprecian suficientemente o porque no se les da en la forma de libre disposición en que ellos creen que deben disfrutarlo. De esta suerte y en pos de una solución, se ha llegado a

una teoría económica que se llama del bienestar social, que ha sido aplicada con amplitud por doquier y hasta con prodigalidad máxima en algún país como Inglaterra, al extremo incluso de la ridiculez, pues recuerden ustedes que daba una subvención a los calvos para que se les suministrase una peluca, y a los que habían perdido la dentadura para que se la pusiesen nueva. De modo que esa asistencia social, a pesar de llegar a extremos de prodigalidad, no ha conseguido todavía apaciguar a las masas y darles la plena satisfacción; pero, en cambio, ha desbordado los presupuestos de los Estados obligándoles a forzar la mano en busca de los recursos, con lo cual más que el "bienestar social" ha reportado un "malestar" social. Con esto parece recomendable que los gobernantes dejen de lado fantasías y utopías, prescindan de excitaciones no siempre bien intencionadas y caminen según la realidad de las condiciones y circunstancias para no ir más allá de lo que unas y otras consienten; es decir una política social, serena y circunstanciada.

Así nos encontramos con una crisis del individuo y de la empresa, con una crisis de la asociación y una crisis del Estado, motivadas por aquel problema. Para salir de esta situación ha habido tres revoluciones y se está operando la cuarta, en el pensamiento y en la realidad. Una revolución es la del sindicalismo obrero, que ha transcendido a las calles sangrientamente con los matices del sindicalismo revolucionario, que no se contenta con que haya una solución práctica de mejora en la satisfacción de las necesidades materiales y morales del proletariado, sino que lo que quiere es una subversión total de los regímenes constituidos; y hay un sindicalismo peor, de carácter depredatorio, el "anarcosindicalismo", que era el rótulo que llevaba esta manifestación aquí en España, y del cual Barcelona recuerda sus crímenes, el largo martirio de la ciudad durante meses y años, en los cuales casi diariamente se ensangrentaban nuestras calles con los atentados personales y otros actos de violencia.

Cuatro
revoluciones
en busca de
la solución

Hay también una revolución capitalista, que era la reacción contra este estado de cosas; se manifestaba con el lock-out, la depresión en los salarios, el "sweating system" y cuando no podía presentar lucha abierta, entonces se defendía o atacaba constituyendo grupos oligárquicos poderosos que con la corrupción del dinero trataban de influir en los poderes públicos y promover así un estado de contrarrevolución.

Como ni una ni otra resolvían el equilibrio social y no traían la paz deseada, vino una tercera revolución, la de la ordenación estatal. El poder público dejó de ser neutral e indiferente; se mostró interventor y activo, pues había que buscar cauce jurídico para la cuestión social. Así apareció la ordenación estatal, con el concepto

del Estado totalitario, que siendo combatido por los que se llaman sus enemigos, sin embargo ha sido aceptado en mucho y practicado por todos los países más liberales y democráticos, en Inglaterra, en Estados Unidos, Bélgica, en Francia, etc., que han regulado el contrato del trabajo y los salarios, han tasado los precios, han manipulado la moneda, implantado las nacionalizaciones, etc., etc.; todas las manifestaciones que significaban una auténtica revolución en el modo de ser y conducta del Estado.

Ahora estamos a la cuarta revolución, que afecta a la estructura y las relaciones internacionales. En ésta hay un hecho consumado y otro que está en potencia y en plan de ensayo. El hecho consumado es el anticolonialismo, la política anticolonial, que es una política simpática, sugestiva y podríamos decir que está realmente inspirada en sentimientos humanitarios y de buena fe; pero a poco que se estudien las manifestaciones actuales de las actividades anticolonialistas aparecen las impurezas, se les descubre fácilmente que en el fondo no son más que manifestación de una rivalidad poderosa de carácter económico por la conquista de influencias, para tener dominio de las fuentes de ciertas materias primas, pero sobre todo una posible manifestación de esa gran lucha, trágica y universal, entre los grandes trusts del petróleo. Mientras tanto, ¿qué ha ocurrido? Que con esa política anticolonial se ha dado soberanía, independencia absoluta, a pueblos que no tienen aún capacidad para ello, pueblos que están todavía en un grado de cultura atrasadísimo, que no han alcanzado categoría para alternar con el mismo rango en el orden internacional de los pueblos que cuentan con una larga historia de cultura y una tradición. Esto ha sido prematuro en no pocos casos, una precipitación, y ahora constituye una experiencia que deja sobre el tapete del mundo motivos de fricción con el peligro de nuevas guerras y de nuevas agitaciones.

En lo otro, lo que está en trámite, me refiero a lo que se desenvuelve en los esfuerzos y aspiraciones para firmar acuerdos internacionales colectivos de un mercado común o para una zona de libre cambio, para la OECCE y otras uniones; están en estudio o ya formalmente pactadas con vistas a constituir una auténtica comunidad internacional y sobre las cuales yo tengo mi opinión formada, pero ahora no es ocasión de hablar de ello. Basta con resaltar que implican una revolución en el orden internacional.

El hecho es que estas cuatro revoluciones, todas ellas fruto de ese espíritu de inseguridad y de desequilibrio en que se debate el mundo, no han podido alcanzar la meta ni han constituido una solución. Al final de cada una, el observador podría repetir como Ortega y Gasset, amargamente decepcionado cuando vió el espectáculo vergonzoso de la segunda república, por la que él tan afanosamente había trabajado, la exclamación: "¡No es eso, no es

eso!”. Pero si vivimos los pueblos en este momento histórico de decir “¡no es eso!”, tampoco sabemos precisar qué es lo que había de ser. Esta es la tragedia actual.

Después de esta parte general, que por su duración me obliga a hacer corto el resto del discurso, voy a exponer cómo ese espíritu revolucionario de que he venido hablando se infiltra en la economía, la perturba, y produce los fenómenos de confusión a que antes me refería. Estas manifestaciones se producen así en el pensamiento, como en las realidades de la vida económica y aparecen en todo el campo, en toda el área de la economía; por tanto el discurso podría ser casi inacabable. Para concretarlo, resumirlo y darle más bien el carácter sumario de una exposición de indicios y principios, me limitaré a considerar los aspectos del capital, la moneda, el mercado en los precios, y los consumos, con lo cual ya se advierte que están tocados los puntos más neurálgicos de la economía.

Había de ser natural que la primera embestida y la más fuerte del espíritu revolucionario para abrir brecha y desmoronar el sistema imperante en la economía, se manifestase contra el capital, pues no en vano el capital es el elemento principal, más poderoso y decisivo de la ordenación económica, sea ésta cual fuere; el capital toma la iniciativa de la producción y en casi todas las actividades económicas y el trabajo no hace más que seguirle sumisamente. El capital, por tanto, había de ser el blanco preferido y de él se han dicho las mayores abominaciones; habían de atribuírsele casi todos los males que padece la sociedad; había de decirse que los defectos de la estructura económica son por culpa del capital; todo, porque se sabía que atacándolo de este modo se hundiría o se abriría por lo menos una primera grieta profunda en la estructura de la economía capitalista. En esa campaña contra el capital, en la que abundan los fiscales que en sus requisitorias le acusan incluso de crímenes individuales y colectivos, surgió un nombre, una denominación, que fué como el estandarte para el combate: el *capitalismo*, y que tal como nos lo describen algunos, casi es sinónimo de gangsterismo.

Con esto se ha formado un ambiente que autoriza, que hace lícitas, y hasta para muchas conciencias se declaran admisibles y convenientes, todas las agresiones que se quieran realizar contra el capital; y el capital, atemorizado, tiende a ocultarse, se refugia en los pliegues que todavía quedan en la organización social o toma formas clandestinas; pero cuando se le descubre y se le ataca, entonces casi se entrega y se abandona inerte. La enemiga comenzó del lado de los socialistas y de las doctrinas extremas de la economía y del pensamiento sociológico; después, con indudable sorpresa, se vió que los ataques se producían también en una

El espíritu
revolucionario
en la economía.
ataques contra
el capital

parte o matiz del socialismo cristiano, y, con leves y ruborosos distinguos, en algunos sectores del llamado conservadurismo económico. El capital, naturalmente, al verse atacado desde sus propios reductos, no tiene más remedio que ponerse en vías de disolución. Al capital se le ataca en forma que se le estrangula, se le asfixia, por medio de los impuestos; los impuestos progresivos van cada vez más mermando y minando la base de las fortunas privadas; en Inglaterra casi han desaparecido las grandes fortunas; allí no se pueden sostener castillos, parques ni palacios, pero con los fuertes impuestos tampoco se puede disfrutar de rentas copiosas, por lo que los grandes ricos o rentistas se cuentan ya con los dedos de las manos; otro tanto ocurre en casi todos los demás países. Otras veces el ataque viene directamente empleando muchos otros recursos, como las leyes de expropiación, con indemnización escasa o sin indemnización, o también por medio de la fórmula nueva de las nacionalizaciones.

Capital y
capitalismo

Yo no voy a defender al capitalismo ni mucho menos a los grupos oligárquicos que manejan arbitraria y nocivamente el dinero, ni pretender justificar los abusos que puede cometer el propio capital; pero sí creo que ha llegado el momento de que afirmemos una distinción fundamental entre lo que es capital y lo que es capitalismo. Fijémonos que el *ismo* es una terminación, y es ésta la que pone el acento, lo que representa la hipertrofia del capital, los excesos del mismo; y en cuanto sea hipertrófico, excesivo, como se manifiesta, por ejemplo, en las concentraciones dominadoras, en los trusts monopolíticos, o en esas combinaciones que maniobran para perturbar el mercado con provecho propio, o se constituyen en grupos oligárquicos que pueden más que el Estado mismo, porque intentan corromperlo y dominarlo, entonces se comprende y justifica el ataque. Pensemos también que es interesante una cuestión que parece puramente filológica y en la que nadie se ha fijado, a pesar de tener su significación. Las doctrinas que más combaten el capital son el socialismo, el comunismo y el anarquismo; cada una de estas denominaciones forman un todo, un vocablo que no puede ser desintegrado, en que no se puede separar la radical y terminación sin que desaparezca el sentido propio, el conceptual, lo que quiere decir que ya por su propia denominación y en naturaleza y sustancia, esas teorías llevan el acento radical, el superlativo, son por tanto doctrinas extremistas; en cambio al capital sustantivo y legitimado por su historia se le añade la partícula como para expresar algo diferente: su deformación hipertrófica y dominadora. El capital es natural y sustantivo en la economía, es algo concreto, definido y singular; el capitalismo es más bien ambiental, de carácter colectivo, difuso y a veces morbosos. Si hiciésemos esta distinción, podríamos ade-

lantar mucho; pero esta diferenciación no se hace, y cuando las teorías y doctrinas extremas tratan de hacerla, la formulan con apasionamiento y con ofuscación.

Yo no voy tampoco a contar los méritos del capital ni a inventariar lo que la sociedad le debe; pero sí quiero dejar sentadas dos afirmaciones: una, que todas las revoluciones que se hacen para cambiar la estructura del capital o para suprimirlo no hacen más que cambiarlo de mano. ¿Con ventaja? ¡Ah!, esto, históricamente, puede verse: la revolución francesa quitó el capital de manos de la aristocracia y de los monarcas, pero creó una nueva clase social que se enriqueció, la burguesía encumbrada de que hablaba antes; ahora se trata de quitar el capital de manos de esa burguesía, que había cumplido su misión, y se va a entregar, ¿a quién?, a disposición de una masa de funcionarios, a los representantes del Estado, que, como sucede en Rusia, son los que gozan o usufructúan el capital, y allí se forma una nueva clase de capitalistas, aunque teóricamente digan que el capital ha sido abolido. La segunda afirmación es que como el capital resulta ser absolutamente necesario e indispensable para la producción y como se desgasta (bien saben los hombres de negocios, que tienen que llevar en sus libros la cuenta de amortización) o sea que hay que prever la reposición de este capital para conservarlo y también procurar hacerse con nuevo capital para la expansión o desarrollo económico, no se puede olvidar que esto no se hace más que a través del ahorro. Es pues indispensable ahorrar, lo que significa poner aparte una porción de la renta o ingreso, una limitación para que la renta no sea absorbida totalmente por el gasto; lo que queda en remanente forma la base de la capitalización.

Observad que como esto es tan substancial y necesario, en todos los países, incluso los más demagógicos y en la propia Rusia comunista, se excita a practicar el ahorro, se le estimula con diferentes medios, se le ensalza, se celebra hasta una especie de Juegos Florales del ahorro, con la solemnidad del "Día del Ahorro", en la que se cantan las ventajas de la previsión y exaltan los méritos del ahorrador. Pero, después que le hemos dicho, ¡ahorra!, sacrifica tus consumos, pon aparte una reserva, en cuanto ésta se acumula y convierte en capital y este capital se ha invertido, como debe naturalmente invertirse (en propiedades, valores del Estado, en acciones o en las empresas), ¡ah!, entonces el ahorrador ya es un "capitalista", y como tal se le acusa como a un enemigo de la sociedad, se le insulta, se le denigra, y por todos los medios se trata de ver cómo se le desposee de sus bienes o de sus rentas, quitándole el producto de aquel ahorro. (Aplausos.) Bastaría este contrasentido para advertirnos del cuidado que hemos de tener en esa política de disolución y de exterminación de capital. Mucho se ha escrito, mucho se ha dicho en contra del capital; pero ¡cuánto

podría decirse y cuánto podría escribirse en contra de lo que ha hecho el anticapitalismo! Cuando se ataca a las grandes compañías considerándolas manifestaciones del capitalismo, aún habría que ver primero si se trata de un capital concentrado en pocas manos o si sus acciones están profusamente repartidas entre millares de pequeños ahorradores, porque entonces las víctimas auténticas son éstos. Por esto ahora algunos *descubren* el llamado "capitalismo popular" sin enterarse que en muchos países capitalistas es ya cosa vieja.

Errores
y desvaríos
en materia
monetaria

El segundo motivo a que he de referirme es el de la moneda, que es otro de los fundamentos esenciales del régimen económico. En nuestros días, por causa del desasosiego espiritual, repercutido en la realidad económica, salieron unas nuevas teorías en virtud de las cuales los cánones clásicos sobre que se asentaba el régimen monetario, todo lo que constituían los dogmas de la política monetaria, fueron barridos y destruidos, a título de acabar con el "mito de la moneda". Muchos gobiernos acogieron con facilidad y hasta con satisfacción estas teorías, porque les daban argumento para legitimar el principio de que manejando sin traba la máquina de hacer billetes y gastando liberalmente se salían de los apuros de los desniveles presupuestarios, podrían emprender grandes obras públicas y realizaciones sociales y además coadyuvaban a esa obra meritoria (!) de acabar con el "mito" de la moneda; y efectivamente, el mito de la moneda se está acabando, pero parece estamos acabando también con la moneda misma.

Porque el hecho real y positivo es que hoy hay una universal prevención y desafección contra el dinero; esto ocurre lo mismo en los países que tienen una moneda mala que en los países que creen tenerla buena, en los que la tienen sana, como en los que la tienen enferma. El ejemplo más categórico se ve en la propia Alemania Occidental. A todas horas observarán ustedes cómo se exalta el "milagro alemán", que hace que fluya el oro de todos los países y que su divisa se cotice como una de las más altas en el mercado internacional. Pues bien, examinen lo que pasa dentro de Alemania. Los ciudadanos alemanes, cuando todas esas monedas y divisas exteriores se convierten necesariamente en marcos para tener un poder adquisitivo en el propio mercado, se apresuran a desprenderse inmediatamente de ellas comprando ferozmente, todo lo que tienen al alcance de su mano, lo que el mercado ofrece. No quieren conservar el marco; ese marco tan apreciado en el mundo, no lo quiere el alemán. Quizá nos lo podríamos explicar porque los alemanes llevan el escarmiento de dos devaluaciones monstruosas que les dejaron prácticamente sin camisa, y después, hasta la misma reforma de 1948, hecha con la colaboración aliada y que salvó la economía de Alemania, se hizo cierta-

mente a expensas del propio ahorro alemán. Por esto el alemán, desconfiado, no quiere su propia moneda. ¿Qué fenómeno se produce de este modo? Todo ese dinero que va abundantísimo del exterior, al convertirse en marcos billetes en el interior, afluyen éstos al mercado para la adquisición de productos y ante una demanda de esta suerte excitada, los precios suben. Así se da el caso de que un país como Alemania, que puede presumir de una de las divisas más sanas y más cotizadas del mundo, tiene dentro de casa, viva, latente y en pleno desarrollo, una inflación. Si miramos a otro gran país, en situación mundial esplendorosa, los Estados Unidos, vemos también que en su interior se vive el *boom* inflacionista; hay una incapacidad de las industrias para autofinanciarse la expansión, y el Federal Reserve System se esfuerza en una política de dinero caro para contrarrestar la situación. Las reuniones del Fondo Monetario Internacional, del Banco Mundial de Reconstrucción y desarrollo, de la OECDE, etc., revelan la gran preocupación monetaria.

La teoría moderna de que inyectando dinero, haciendo emisiones de papel moneda, es como una transfusión de sangre a un organismo debilitado, que le da vitalidad y energía, o se la hace recuperar si la había perdido, es una falacia y un sofismo peligroso, y los pueblos que han caído fácilmente en esta sugestión y la han practicado, están pagando caros sus errores. Más bien hemos de pensar que hacer emisiones desusadas de moneda, rompiendo el equilibrio natural dentro de una economía entre necesidades de la circulación y medios de pago, no son como transfusiones de sangre, sino de agua sucia, porque la moneda, ha de tener una situación de equilibrio, una estabilidad; la moneda ha de ser químicamente pura, y cuando la moneda comienza a desvalorizarse entra en descomposición; cuando se efectúan las devaluaciones monetarias formales, hacen el mismo efecto que echar agua al vino o a la leche, y pretender hacernos pensar que nos alimentamos con un auténtico litro de vino o un litro de leche, y no es tal; es como si quitamos hilos a la urdimbre o a la trama y pensamos que nos dan un metro real de tal tejido. En estos casos existe la apariencia de un mismo volumen o medida, pero el de un valor menor. De la misma manera, cuando se devalúa una moneda mantenemos el tipo índice nominal de la unidad monetaria y, sin embargo, la unidad monetaria como valor real es menor. Hoy se vive en el temor constante de las devaluaciones monetarias, lo que no sólo amenaza la expansión del comercio en escala mundial, sino que es factor de inestabilidad, y la inseguridad en el futuro es a su vez inquietud en los espíritus. Por esto el novel político francés Gaillard, siendo ministro de Finanzas, había dicho que la inestabilidad de las monedas del Oeste

Europeo podría comprometer el funcionamiento del mercado común de los seis.

Hace unos años, en un periódico francés leí una noticia curiosa; un ciudadano de París, un Monsieur Dubois o Monsieur Duran, un francés de la masa anónima, se suicidó. Esto no tiene gran importancia social, fué un hecho individual lamentable y nada más; pero es que se suicidó de una manera original, engullendo billetes y más billetes del Banco de Francia, y así el hombre se atascó, se intoxicó y murió. El periódico que daba la noticia solamente comentaba lo raro del suicidio; aquel hombre se había suicidado de una manera extraña; pero yo me detuve a hacer mis reflexiones y me dije que aquel ciudadano era un símbolo, había dado su vida en holocausto de una protesta colectiva contra el poder público, para significar el desagrado nacional contra la abundancia excesiva de billetes que se echaban a la circulación y la corrompían. A mi modo de ver dió una gran lección de alto valor económico, nos enseñó a todos que cuando se hace ingerir a un organismo económico una excesiva cantidad de moneda se la expone a morir. Por esto los que dicen que la moneda es a la economía como la sangre, que crea riqueza, se equivocan; una moneda mala por abundante, con exceso, produce una sensación aparente de aumento de poder adquisitivo, pero sólo ha aumentado el volumen de los billetes que necesitamos y con ellos difícilmente podemos adquirir lo que adquiríamos antes. Esta es la experiencia de lo que significa la política de la moneda en nuestros días. Vivimos la ilusión falsa de riqueza, la ilusión aparente de abundancia, pero la positiva realidad es la inseguridad y el temor a la miseria.

El mercado
convulso y
los precios en
desequilibrio
al alza
progresiva

El tercer punto de los señalados, para ir rápidamente al final, es el del mercado y los precios, que es, en mucho, una consecuencia de lo que acabo de decir. Cuando se altera por cualquier causa el valor de la moneda, se produce una repercusión natural en el precio; cuando la moneda baja de valor los precios suben; son platillos de una balanza que pierde el equilibrio y la estabilidad, la presión sobre uno hace subir el otro. Pero, además, hoy a consecuencia de cómo está el mundo, los mercados están en excitación de anormalidad y variaciones de sobresalto; el que tiene algo que vender lo sobrevalora, trata de obtener el mayor precio, se lucra en la especulación; cuando, por el contrario, el mercado es dominado por el consumidor, también éste aprieta de manera despiadada y los precios son de ruina. El mercado hoy, propiamente, es un mercado de especulación. Esto es en cierto modo consecuencia de las guerras, la herencia que nos han dejado las de nuestro siglo. La guerra moderna determina una movilización extraordinaria de recursos para construir el material de combate y disponer

de los aprovisionamientos; esta demanda excesiva hace aumentar los precios de este sector; pero a la vez, lo que llamamos movilización de guerra, produce un desplazamiento obligado o espontáneo de las empresas de los productos de consumo natural u ordinario, que van a integrarse en donde obtienen mayor rendimiento. La mayor demanda de los productos bélicos y de aprovisionamiento para los ejércitos y la menor oferta a consecuencia de los desplazamientos de actividades de capital y trabajo a las que son productivas del material de guerra, hacen que suban de nivel, de una manera general, todos los precios. Se espera que después, cuando venga la paz, los precios vuelvan a su nivel; pero como en nuestros días, no estamos en paz, sino que vivimos en plena guerra fría, vemos que ahora se producen grandes demandas y acopios de material de guerra y aprovisionamiento para los ejércitos. Además, esto tiene la característica de significar un despilfarro enorme, porque ese material de guerra al cabo de unos meses o de unas semanas se ha hecho anticuado, poco menos que inútil y hay que reponerlo, se convierte en chatarra; de modo que la economía ha de absorber, naturalmente, y ha de amortizar el mayor coste que representa ese despilfarro. Una demanda excesiva, extraordinaria, hace subir los precios, y además los encarecen la gran masa de productos que en definitiva resultan inutilizados.

Esta es la situación del mercado, agravada además porque el espíritu de desasosiego que domina en la técnica industrial, en constante progreso y tónica de revolución en mecanismos y procedimientos, hace que cada día salgan nuevas máquinas, nuevos productos; el que compra hoy un aparato de radio, por ejemplo, al cabo de unas semanas tiene una desilusión porque ya no es el último modelo, y queda un poco amargado y disgustado; a los que adquieren otros muchos productos les pasa lo mismo; el que hace el esfuerzo de renovar la maquinaria o el utillaje de su industria se encuentra que al cabo de algunos meses salen unos modelos nuevos, mucho más perfeccionados, mucho más productivos, y se tiene la impresión de quedar en retraso pese al esfuerzo y al gasto. En este desasosiego general está el mercado y, naturalmente, ello tiene su repercusión en los precios. Con el rearme, la constitución de reservas estratégicas y los planes de expansión, que están a la orden del día en todos los países, hay una demanda excepcional. Los países fuertes compran donde sea y como sea los productos base; la situación internacional repercute en los mercados nacionales y así se desarrolla la llamada "usura de los precios", que provoca aumentos de salarios y sueldos, cayendo en el círculo vicioso que hace subir de nuevo los precios.

En suma, para un mercado nervioso, excitado por una fuerte demanda insegura, se ha de corresponder una fuerte tendencia al alza de los precios, porque sólo se hacen cálculos de presente y

no para el porvenir. Por todo lo dicho y más que podría decirse, los precios siguen una carrera al alza, con muy tenues y espaciadas inflexiones en la curva de ascenso, y este fenómeno — hijo del espíritu de desasosiego de nuestro tiempo y causa a su vez de nuevos desasosiegos — no es privativo de tal o cual país, es un fenómeno casi universal y constante. Habría de pensarse en ello y nos evitaríamos comentarios inútiles y el malhumor inútil aceptándolo como una fatalidad.

La hipertrofia
monstruosa
del consumo

Hablemos por último del consumo. ¿Se han fijado ustedes en que vivimos en una época de hipertrofia monstruosa de los consumos? ¿Han observado ustedes que los consumos de todas las clases sociales, las altas, las medias y las bajas, están desorbitados, que casi todos gastamos más de lo que podemos según nuestros medios y que hay un desequilibrio en el gasto en perjuicio de los consumos normales y naturales y en beneficio de los consumos suntuarios y del lujo? Algunos dicen que este desbordamiento del gasto es un síntoma de elevación del nivel de vida. No, el nivel de vida es, propiamente, un conjunto de coeficientes o suma de partes del consumo total que más pueden contribuir al bienestar y a la salud física, moral y espiritual del individuo. Por esto los que estudiamos sobre estas materias, teníamos formados nuestros cuadros en los que el presupuesto familiar se descomponía en gastos de alimentación, de vestido, los de vivienda, los gastos de cultura y los de esparcimiento, además de los imprevistos. Esos coeficientes antes tenían un equilibrio y tomaban la principal parte en los ingresos familiares; hoy el equilibrio se ha roto, y los presupuestos familiares están desbordados precisamente por los otros gastos no esenciales, los de disipación; que no son en beneficio de la salud física del individuo, pues yo no sé en qué pueden favorecerla el despilfarro que se hace en los bares tomando esas mixturas que intoxican y hasta envenenan el organismo; yo no sé qué bienestar ni qué salud física puede dar esa costumbre tan extendida que han tomado las mujeres de hoy y que a título de creerse más elegantes se han creado una necesidad costosa, dándose a fumar nerviosamente, continuamente, con lo cual ha aumentado el número de neuróticas. (Aplausos.) Ni sé que puedan dar salud espiritual esos espectáculos de multitud a los que no vamos para recrearnos viendo y gozando de la habilidad, la belleza de la fuerza gimnástica o de las felices combinaciones, sino nerviosamente y únicamente con el apasionamiento y la excitación casi febril de mirar la cartelera de los goles y sufrir ataques de nervios e incluso ataques de corazón (algunos han dejado la vida en el mismo campo) cuando los favoritos pierden. Yo no me explico tampoco ciertos gastos, aunque no sean de disipación, cuando la posición económica y social no los consiente, los hace excesivos

y que el gastar más de lo que corresponde se diga que es un aumento del nivel de bienestar. El nivel de bienestar sería cuando, dentro del presupuesto, se hubiera mejorado positivamente la alimentación, el vestido, la vivienda; pero, ¿para qué voy a hablar de estos problemas? Es natural gozar de la vida ordenada y prudentemente; no lo es el hacerlo con exceso y febrilmente.

El hecho real y positivo es que vivimos todos en un frenesí casi desenfrenado de un materialismo del que hablaban hace poco, alarmados, los periódicos de la Alemania occidental, señalando en ello un peligro de desintegración, porque los alemanes no hacen más que gastar y gastar, en continuo afán de procurarse satisfacciones insaciables. Ese afán de gozo es hoy universal y se manifiesta constantemente; es el que nos lleva al deso de viajar y conocer el mundo a todos, a todas las clases sociales, aunque sea gastando los ahorros o lo que no se puede, para meterse — si no cabe otro medio mejor — en un autocar y dando tumbos por las carreteras, recorrer agitadamente kilómetros y kilómetros sin ver nada ni poder parar en parte alguna, pero poder después decir, “he estado en Francia, en Bélgica, en Holanda...” (Risas.) Es el mismo nervioso afán que tenemos de que en cuanto se estrena una película o una obra teatral, aún sabiendo que va a estar en el cartel meses y meses, vamos todos precipitadamente a formar colas y pagar precio extraordinario los primeros días, porque queremos ser los que anticipemos el mérito de haberla visto y porque nos parece que vamos a perder la oportunidad. Ese desasosiego del ánimo, ese desequilibrio de las economías familiares con el desbordamiento de consumos, por abuso de los superfluos e innecesarios, con tantas apelaciones y excitaciones a los sentidos embotados, ha de repercutir en la dinámica de los precios, en el encarecimiento; y después, cuando este fenómeno se produce, nos sentimos indignados y nos encaramos con el gobierno, le inculpamos de falta de autoridad y previsión y le decimos, ¿por qué no bajan los precios? Pero, ¡si somos nosotros, los consumidores, los mismos que los impulsamos! (Aplausos.) Fíjense ustedes en un detalle pequeñísimo, pero que tiene el valor de una muestra: lamentamos que el servicio doméstico, muy respetable, y yo no digo si está bien o mal pagado, va teniendo cada vez más mayores pretensiones en la percepción de sus haberes, porque, por muchas causas, escasea la oferta. En cuanto una señora de casa pasa una semana y ve que no puede contratar una criada, ofrece más a la que se presenta con tal de no dejarla escapar. La favorecida gana más de lo corriente, y entonces todos los vecinos, por contagio, se ven obligados a subir el salario de las criadas. (Risas.) ¿Qué ocurre entonces? Que las propias señoras, causantes de la subida, protestan, y algún día pedirán al gobierno que por qué no arregla esto del salario máximo del personal doméstico.

Este ejemplo ilustra un principio general. Al subir excesivamente los precios, los gobiernos, respondiendo a fines de protección social e incluso a excitaciones del público, tasan determinados artículos. Si la tasa no resulta bastante remuneradora para el juicio o apetencias de los vendedores, éstos ocultan los artículos y al desaparecer del mercado natural, es el propio público el que los reclama, se dispone a pagar más y da lugar al mercado negro. En consecuencia, los precios han ido más arriba que estaban antes. Si el consumidor tuviese aguante y cooperase con el poder público, la tasa podría haber sido eficaz; pero siempre hay uno o un grupo que no soporta la privación y, porque se cree con medios, da más, con lo que surge el mercado clandestino.

Este, señores, es concretamente el panorama; he querido darles unas sencillas apreciaciones sobre los cuatro aspectos mencionados; son unos comentarios, quizá un poco superficiales, pero creo que al hacerlo así, no con divagaciones doctrinales, entra más en el ánimo y en el convencimiento de los que escuchan el hecho que he pretendido destacar, cual es el que en los aspectos más fundamentales de la vida económica existe una desorientación auténtica, que ha sido causada por las ideas y teorías demasiado influídas o por puros idealismos exaltados o por los crudos egoísmos de la realidad.

La solución
sencilla y
a la vez difícil:
la única
revolución
necesaria

Y ahora, como final, lo natural sería que diese soluciones; pero, ¿qué les voy a decir a ustedes? La solución existe, pero ¡es tan sencilla y a la vez complicada!; ¡es tan fácil de enunciar y tan difícil de realizar!, que yo casi no sabría cómo exponerlo. Para salir del paso voy a recordar, muchos de ustedes quizá lo sabrán, un cuento, porque los cuentos tienen su moraleja. Es el cuento de aquel hombre que tenía grandes trastornos fisiológicos, se sentía mal, y fué en consulta a varios médicos que le aconsejaron, sucesivamente, diferentes operaciones quirúrgicas, sin resultado, y cuando ya se creía desahuciado, una casualidad le hizo saber que todo le provenía de llevar un cuello estrecho que dificultaba en la circulación el riego sanguíneo del cerebro. (Risas.) La moraleja del cuento es que todos los pueblos tienen trastornos muy grandes, no se sienten bien, y los médicos — economistas sociólogos, etc. — diagnosticando y aconsejando operaciones quirúrgicas, que en la economía han trabado las importaciones y exportaciones, han deshecho los sistemas monetarios y se han realizado otras medidas operatorias para curar; pero, a la economía no la curamos, porque la cuestión de los males presentes es sólo una cuestión de medida. Medida para que cada cual esté en la sociedad en el puesto que le corresponde, que cada uno cumpla estrictamente con su deber, con noción exacta de cuál es su función en la sociedad; la medida del comportamiento social para que haya

un equilibrio. Hace falta que nos desembaracemos del obstáculo que impide que esto sea realizado, libramos de lo que nos aprieta para que funcione plena y normalmente el sentido común.

Así habría que hacerse una revolución, sólo una, la que acabase con la memez de los hombres que se dejan deslumbrar por cualquier pseudo novedad científica; que limpiase los entendimientos de las telarañas que hay con tantas utopías, sofismas y tópicos; que corrigiese a los gandules y ambiciosos, descontentos y murmuradores, que no hacen más que sembrar cizaña en el mundo; que liberase a los espíritus débiles y cobardes del desasosiego sistemático de inconformismo y protesta estéril; en suma, que estableciese el reinado de la reflexión juiciosa y de la bondad auténtica. ¡Con qué facilidad se dice! ¡Cuán difícil es de hacer!

No encuentro otro modo de terminar, más que recordando aquel adagio chino que decía: "no toques a los perros que duermen". Como todos los proverbios, tiene su sabiduría, porque al tocar el perro que duerme, si le despiertas, con el sobresalto se revuelve y muerde; muerde a veces la mano del mismo amo. Yo digo: no toquéis las pasiones que duermen, porque cuando se las solivianta y se las excita por los agitadores, cuando despiertan con sobresalto y ofuscación, son como los perros que dormían, muerden y muerden a veces la misma mano del amo, como ha ocurrido en Rusia, donde ha sido la propia revolución, con las pasiones exaltadas, despertadas, la que va eliminando a todos los jerifaltes y a los promotores de la revolución, desde el que la preparó y provocó activamente, Trotski, hasta Bukharin, que la quiso explicar filosóficamente. Y no despertéis al perro que duerme, porque también sus dentelladas hacen daño a toda la estructura social. Así, buena parte del malestar que pasamos actualmente es esto, los efectos de las dentelladas de las pasiones que estaban dormidas al revolverse despertadas por filósofos, sociólogos y agitadores políticos, que han llenado la mente de ideas confusas y los espíritus de inquietudes con apetencias que nunca pueden saciarse.

Si en lo que acabo de decir, he conseguido impresionaros un poco y logro que algún rato reflexionéis sobre ello, creo que habré tenido un éxito. (Muchos aplausos.)

Queda inaugurado el curso 1957-58 de este Ateneo Barcelonés. (Aplausos.)



F. R. col. 167 n 3



MINISTERIO
CULTURA